

CRÓNICA DE UN MACABRO HALLAZGO¹

Según el relato del autor del descubrimiento, Lester Worthy

Lester Worthy se levantó cuando el cuarzo fluorescente del despertador señalaba las 06:00 am, se vistió en silencio para no despertar a su esposa y bajó a la cocina, donde dio buena cuenta de dos tazas de café recién hecho. No tardó en cargar en la furgoneta el equipo completo de barranquismo y la cesta que contenía el almuerzo. Condujo durante dos millas mientras escuchaba la previsión meteorológica en la emisora local y recogió a Benjamin Lewis en el 14 de la calle Brumback. Cuando, una hora después, los dos hombres alcanzaron la cima del monte Grew, el sol ya entibiaba la atmósfera y las brumas del amanecer habían dado paso a una luz que delimitaba con nitidez la geografía del descenso que les deparaba el cañón: paredes verticales, badinas, cascadas, pozas de agua y un tramo de río de caudal medio. Se colocaron los trajes de neopreno, el casco y los escarpines, se ajustaron los arneses y, asidos a sus cuerdas de progresión, comenzaron a bajar por la ladera.

El primer tramo del recorrido, cuya totalidad solían realizar en unas cuatro horas, era el más laborioso y agotador. Debían afianzar con seguridad cada paso para evitar accidentes,

1. Extracto de la crónica periodística firmada por Mathew McCloud, aparecida en el *Boise Weekly*, en fecha 16 de abril de 1996.

y hasta que alcanzaban la garganta del cañón, lugar en el que comenzaba a serpentear el río y, por tanto, la parte más lúdica del trayecto, la tensión era absoluta. A las 9:30, coincidiendo con el ecuador del camino, hicieron un parón para reponer fuerzas con las bebidas isotónicas. Los sándwiches y el café aguardaban en el coche a su regreso, previsto para mediodía. Habían realizado aquel mismo recorrido decenas de veces, pero en esta ocasión Lester Worthy sentía una inquietud que no lograba explicarse, pues no obedecía a ningún motivo racional. Todo marchaba según lo previsto: la climatología era propicia y por primera vez en mucho tiempo su maltrecha rodilla no le reprochaba el esfuerzo realizado. Pese a ello, no lograba desprenderse de cierta sensación negativa. Se obligó a alejar de su mente aquellos pensamientos y se concentró en el ascenso que los devolvería al punto de partida.

Poco después se rompió la cuerda. Afortunadamente la caída se produjo desde poca altura y la profundidad del río, aunque escasa, amortiguó el impacto. Aun así, Lester Worthy quedó conmocionado y descendió río abajo más de un centenar de metros, pensando que en cualquier momento se le agotarían las fuerzas y las aguas acabarían por engullirlo. Solo un esfuerzo sobrehumano le permitió alcanzar un tronco a la deriva que le sirvió de asidero y, al cabo de unos minutos, dejándose el alma en el empeño, alcanzó la orilla.

Mientras tanto, su amigo Benjamin Lewis, que le precedía en el ascenso y no había reparado inmediatamente en el accidente, luchaba por alcanzar de nuevo el río en el mínimo tiempo posible. Actuaba movido por el instinto, sin pararse a pensar que, tal vez, lo más sensato habría sido ir en busca de ayuda en vez de aventurarse en solitario al rescate.

Sabiéndose a salvo, pero completamente exhausto, Lester Worthy necesitaba un lugar que le permitiera reponer fuerzas antes de rehacer el camino. El sol golpeaba inmisericorde en las zonas más abiertas del cañón y se aproximó hasta la pared de la ladera en busca de sombra. Fue entonces cuando descubrió la entrada a la gruta. Pensó que allí la temperatura sería más agradable y, tras encender la luz del casco, se aventuró en el interior. Apenas lograba ver a una distancia de dos metros, pero el lugar se le antojó más grande de lo que parecía desde fuera y, llevado de la curiosidad, fue adentrándose cada vez más. Se quitó el casco y lo empuñó a modo de linterna, iluminando a cada paso que daba a derecha e izquierda, temeroso de topar con algún nido de serpientes, pues sabía que en los alrededores abundaban los crótalos.

Al cabo de unos minutos advirtió que la oscuridad se hacía menos densa y comprendió que el haz de luz que se adivinaba al fondo procedía de una entrada que la gruta tenía al otro lado de la montaña. Sus ojos necesitaban acostumbrarse a la reciente claridad y por unos instantes avanzó prácticamente a tientas, al tiempo que el ambiente comenzaba a viciarse de un hedor que le hizo pensar que se hallaba en la guarida de algún animal salvaje. Se desplazó unos metros hacia un lado y sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Un grito de horror se ahogó en su garganta. A sus pies yacía un cuerpo humano en avanzado estado de descomposición. La piel y los órganos internos habían desaparecido y no quedaban más que restos de tejido putrefacto adherido a los huesos. Aún conmocionado por el terrorífico hallazgo, corrió hacia el lugar por donde había entrado, que alcanzó en apenas un minuto, y, sin memoria ya de su propio accidente, con la adrenalina por las nubes, remontó parte del

río hasta que se encontró con Benjamin Lewis, quien había ido en su busca. Una vez compartido con su amigo el relato de sus peripecias, los dos hombres culminaron el ascenso, tomaron el coche y condujeron hasta la comisaría de Boise, donde dieron parte a las autoridades. El sheriff Patrick Burns puso entonces en marcha el operativo policial que inició las diligencias para la recuperación e identificación del cadáver.

Por el momento, las fuerzas del orden no han facilitado a los medios información alguna y se desconocen más detalles del suceso.

PRIMERA PARTE

Incluso hoy, tantos años después, no puedo evitar sentir cierta nostalgia cuando pienso en los escasos meses que pasé en Chester Falls. A diferencia de otros hechos de mi vida, de los que nunca estuve seguro si sucedieron como los recuerdo o si han sido deformados por los caprichos sentimentales de la memoria, en todo momento tuve, a lo largo de aquel curso académico, la infrecuente sensación de estar viviendo algo especialmente memorable. Tal vez fuera la edad que tenía entonces la que inclinó la balanza a favor de la mitificación. Esa edad propensa a la vanidad y a los extremos en la que uno todavía cree que va a conseguir someter la existencia a su capricho, sin otras armas que la determinación y el deseo. Esa edad en que la amistad es el más grande regalo y el amor es a un mismo tiempo emblema de la muerte y la resurrección. O tal vez fuera el azar quien convirtiese en mágicos aquellos días. Porque, de entre todas las ciudades en las que podíamos haber recalado, tuvimos que hacerlo en Chester Falls, una pequeña ciudad del noroeste de Estados Unidos, en el condado de Pocatello, estado de Idaho. Y entre todas las posibles calles de la localidad tuvimos que ir a parar al número 22 de Carnival Street, justo enfrente de donde vivía Chuck Mathews, el muchacho alegre y despreocupado que, como quien dice, antes de que hubiéramos acabado de instalarnos ya se había acercado a curiosear a nuestro domicilio.

Y porque fue el azar quien deseó que Chuck fuera el que me trajese la noticia. Parece que de algún modo él, que había sido la primera persona a la que había conocido en Chester Falls, quien me había presentado a Steve y a Parker y, por ello, aun de modo inconsciente, me había llevado de la mano hasta la tragedia, tuviese que ser también quien me pusiera en la senda de su desenlace.

Contemplado con la perspectiva del tiempo, tiendo a pensar que el destino lo eligió como catalizador de todos los acontecimientos.

Aún puedo verlo cuando la tarde del 27 de mayo de 1996 me despertó en mi cuarto de la residencia de estudiantes para anunciarme, como si le fuese la vida en ello, que un destacamento de agentes de la unidad de narcóticos había irrumpido en la universidad y estaba deteniendo a todo aquel que estuviese en posesión de cualquier tipo de sustancia estupefaciente.

Me llamo Pol Tamayo, tengo treinta y dos años y nací en Barcelona. Y digo *nací en Barcelona* y no *soy de Barcelona* porque, en rigor, soy de todos los sitios y de ninguno a la vez. Mi padre era lo que en términos empresariales se denomina un *beginner*, algo así como un iniciador: el tipo con el talento suficiente como para hacer rentable en tiempo récord una empresa recién creada. Como suele decirse, alguien capaz de vender neveras en el Polo Norte. Y ese don innato nos llevó durante años a vivir en medio mundo: Canadá, Francia, Brasil, Tailandia, Checoslovaquia... De hecho, me pusieron el nombre de Pol porque fonéticamente es idéntico al Paul anglosajón, lo que me ha permitido presentarme en el extranjero sin complicaciones. En cambio, mi apellido

siempre fue recibido con expresión interrogativa y castigado con las más diferentes pronunciaciones.

Esta infancia y adolescencia nómadas marcaron, indefectiblemente, mi carácter. Y cuando recién cumplidos los dieciséis mis padres me comunicaron que íbamos a convertirnos en una familia sedentaria y a echar raíces en mi Barcelona natal, me llevé una alegría enorme sin saber exactamente por qué, pues en rigor nadie nos aguardaba a nuestro regreso. En la capital catalana no teníamos familia ni amigos, así que no existía una razón objetiva que sirviese para justificar mi deseo por volver. En cualquier caso, el porvenir económico estaba garantizado con la modesta fortuna labrada a lo largo de aquellos años de trashumancia y mi padre se podía permitir el lujo de tomarse un merecido descanso antes de cumplir los cincuenta.

Adquirieron un pequeño chalé en el barrio de Horta, en otra época zona de veraneo de la burguesía barcelonesa, que se alzaba en mitad de la llamada calle de Campoamor, y me matricularon en un instituto del centro de la ciudad. Aquella casa, cuya imagen más recurrente es la de un jardín que mi madre se obstinaba en tener repleto de flores con independencia de la estación del año en que nos hallásemos, fue el lugar donde transcurrieron los años más felices y también los más tristes de mi vida. Porque allí comprendí en su sentido más amplio lo que significa ser una familia y el valor de la palabra amistad y porque también allí enfermó y murió mi madre, hecho sobre el que, al menos por el momento, prefiero no extenderme. Simplemente diré que llegó un momento en el que decidí que mi padre debía cambiar de aires si no quería que los recuerdos, asociados inevitablemente a aquella casa barcelonesa, acabaran por devorarlo. Ya hacía unos meses que se había reincorpora-

do al trabajo en un vano intento de ahuyentar sus fantasmas personales, así que aproveché la coyuntura para convencerlo de viajar cuanto más lejos mejor e iniciar una nueva vida. Sabía que tarde o temprano su trabajo le brindaría una oportunidad de traslado. Sencillamente, se trataba de aprovecharla.

Un día, a mediados de abril, me dijo que una multinacional estadounidense inauguraba una filial en la ciudad de Boise, en Idaho, y habían contactado con sus superiores para contratar sus servicios. Las gestiones previas ya estaban hechas: si así lo deseábamos, teníamos a nuestra disposición una casa situada en una hermosa población cercana a Boise, Chester Falls, y un turismo de gama alta a cargo de la empresa. Y no lo medité mucho antes de aceptar. No porque me apeteciese, sino porque creía que era mi deber como hijo tomar aquella decisión. Mi padre debía construir un nuevo presente partiendo de cero. Era lo justo. Y sabía que solo podría lograrlo saliendo de Barcelona cuanto antes, aunque para mí aquello supusiera un verdadero contratiempo. Tres años eran el periodo más largo que había pasado en mi vida en un mismo lugar: comenzaba a tener verdaderos amigos, salía con una chica y estaba a punto de terminar el primer curso de la carrera. Sin duda, iba a tratarse del viaje menos tentador que hasta entonces me había tocado emprender. Pero, por otra parte, resultaba absolutamente necesario.

Por fortuna, a fuerza de cambiar constantemente de residencia, había aprendido a considerar mis pertenencias como lo que eran en realidad: meros objetos al servicio de un fin, exentos de todo valor sentimental, que uno no podía pasarse la vida arrastrando de un lugar a otro. Por ello fue menos traumático de lo esperable entregar la mayor parte del contenido de mi

ropero a una fundación de misioneros del barrio y repartir entre mis amistades mis libros, mis discos compactos y mi colección de cómics Marvel. Así que la mañana del 2 de julio de 1995, cuando cogimos el taxi que debía llevarnos hasta el aeropuerto de El Prat, no llevaba más equipaje que la ropa que cupo en una enorme maleta, los CD *Pop* y *La vida por delante*, discos que formaban la banda sonora de mi vida en aquella época, un par de retratos de mi madre y una fotografía de Laura Adolán, mi gran amor platónico de juventud. Mi padre se conformó con cargar con su ropa. Siempre llevaba puesto el anillo de bodas de mi madre. Y dos fotografías suyas en la cartera.

Volamos durante nueve horas y media hasta el aeropuerto JFK de Nueva York, ciudad en la que pasamos la noche, y a primera hora del día siguiente tomamos otro avión que aterrizó en el Gowen Field de Boise cuando faltaban unos minutos para el mediodía.

Philip, un cargo menor de la empresa para la que iba a trabajar mi padre, la Vowel Company, nos recibió en la terminal de llegada y nos invitó a comer en un elegante restaurante de la ciudad. El tipo, un gigante de dos metros con el aspecto de un metre estirado en su traje de pingüino, tomó un whisky doble antes de que nos sirvieran el primer plato, regó con una botella de vino su *steak tartar* y, una vez que hubimos dado cuenta del postre, trasegó dos nuevos vasos de escocés. Luego abonó la cuenta, que ascendía a varios cientos de dólares en efectivo. Parecía querer demostrar de ese modo que allí se hacían las cosas a lo grande. Antes de despedirse, sin manifestar el más mínimo síntoma de embriaguez, nos hizo entrega de las llaves de un

Mercedes que aguardaba a que lo recogiésemos dos manzanas más arriba.

Recorrimos el camino a la casa que teníamos a nuestra disposición en absoluto silencio. El clima había ido empeorando hasta dibujar un cielo de aspecto cementoso que amenazaba lluvia. Recuerdo no haber sentido una mayor sensación de vacío en toda mi vida. Imágenes de un paisaje rocoso y desolado. Y la idea de que mi padre nos conducía hacia la nada.

—¿Y la llave? —pregunté—. No me irás a decir que aquí la gente deja las llaves bajo el felpudo.

—Están en la guantera. Anda, cógelas. Y aprovecha el viaje para bajar las maletas.

Hice lo que mi padre me pedía y lo alcancé en el porche que daba la puerta de entrada a la vivienda. El interior olía a detergente. Desprendía esa típica asepsia de los espacios recién esterilizados. El servicio de limpieza debía de haber realizado su trabajo unas horas antes. Mientras mi padre comprobaba que todos los suministros funcionaban, yo recorría la casa y abría las ventanas. Pese a mi ánimo sombrío, tuve que aceptar que la vivienda era magnífica. Los suelos de madera rojiza, que ocupaban toda la superficie a excepción de la cocina, separada del salón por una barra con taburetes, relucían por efecto de la cera recientemente aplicada, y contrastaban con el blanco de los zócalos y las puertas. Todas las habitaciones, ubicadas en la planta superior, contaban con su propio cuarto de baño, el de la habitación principal equipado con un enorme jacuzzi, y los acabados estaban cuidados hasta en el más mínimo detalle. Todo transmitía sensación de calidad,

desde el mobiliario hasta los interruptores, las lámparas o los electrodomésticos.

—¿Qué opinas? —me preguntó mi padre.

—Es agradable —respondí.

—Celebro que te guste. Sé que no ha sido fácil para ti este cambio.

—Te recuerdo que fui yo quien te convenció de que era necesario, así que no empieces otra vez con eso.

—No trates a tu padre como si fuera estúpido —me recriminó. En su tono no había aspereza alguna. De hecho, ni siquiera me miraba a los ojos, como si evitando mi mirada le fuese más fácil hablar—. Has venido hasta aquí por mí y para ello has tenido que renunciar a todo lo que tenías.

—No he renunciado a nada verdaderamente importante —mentí—. No hemos dejado atrás más que cosas materiales. Y ambos tenemos experiencia en eso —añadí sonriendo.

—Está bien —capituló, consciente de que no iba a conseguir moverme de mi posición—. Fingiremos que estamos en este lugar porque ambos lo deseamos. Así las cosas serán más fáciles. Y ahora, vamos a organizar un poco la ropa y después saldremos a dar una vuelta y a comer una pizza por ahí. ¿Te parece? Ya iremos mañana a hacer la compra.

Aunque no era lo que más me apetecía después de llevar casi dos días de arriba abajo, acepté. Sabía que se le hacía imprescindible estar ocupado el mayor tiempo posible. En las horas muertas la casa se le caía encima.

Subí la maleta a mi cuarto y fui colocando la ropa cuidadosamente en el armario. Oía a mi padre en la habitación del fondo, separada de la mía por un pasillo donde colgaban dos láminas enmarcadas con pinturas de David Hockney y Pierre

Alechinsky. Abría y cerraba cajones y puertas, como si ordenar sus pertenencias supusiera una tarea titánica. Últimamente todo era así. El acto más insignificante parecía requerir de la inquebrantable voluntad de los héroes. Guardé las fotografías de mi madre en el cajón superior de la cómoda y me demoré unos instantes contemplando una vez más la de Laura Adolán.

Me asomé a la puerta de mi habitación y grité:

—Papá, voy a darme una ducha mientras acabas.

No me respondió, así que caminé hasta la suya.

Lo encontré sentado en la cama, descalzo, con la mirada fija en la ventana, que, abierta de par en par, vomitaba una luz mortecina en la pared.

—¿Me has oído? —le pregunté.

Se volvió como un autómata, con una sonrisa triste congelada en los labios. Seguía en silencio.

—¿Te encuentras bien? —insistí.

—Sí, sí, no te preocupes —dijo como si de pronto hubiera emergido de una profundidad abisal—. En seguida termino.

—Yo voy a ducharme. Cuando esté listo bajaré al porche. Te esperaré allí, ¿de acuerdo?

Asintió vagamente con la cabeza y yo me fui al cuarto de baño.